



## La guerra de “clases”. Conflagraciones políticas, batallas culturales y luchas sociales durante la Unidad Popular (1970-1973)\*

*The “Class” War. Political conflagrations, Cultural Battles and Social Struggles During Popular Unity (1970-1973)*

Alfredo Joignant\*\*

### RESUMEN

Entre 1970 y 1973, Chile experimentó excepcionales conflagraciones políticas y batallas culturales. Ese período de alta efervescencia marcó la campaña presidencial que llevó a la victoria de Salvador Allende en 1970 y el gobierno de la Unidad Popular, y concluyó con el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. Este periodo es abordado a partir de análisis sistemáticos de prensa y de un diario de vida, escudriñando las representaciones del pueblo que se forman y deforman, los sentimientos de optimismo, desesperanza y miedo ante las luchas que enfrentan a distintos grupos y clases. En este viaje a través de tiempos turbulentos, se muestra cómo el orden es desafiado, y cómo distintos grupos son representados.

**Palabras clave:** Chile, Unidad Popular, Representaciones sociales, Grupos, Clases, Luchas.

### ABSTRACT

Between 1970 and 1973, Chile experienced exceptional political conflagrations and cultural battles. This period of high effervescence marked the presidential campaign that led to the victory of Salvador

---

\* Este artículo se inserta en los proyectos COES ANID/FONDAP/1523A0005 y COES ANID/FONDAP/1513000.

\*\* Doctor en ciencia política, Universidad de París 1 Panthéon-Sorbonne. Profesor Titular, Escuela de Ciencia Política de la Universidad Diego Portales, Chile. Investigador Principal del Centro COES, correo electrónico: [alfredo.joignant@mail.udp.cl](mailto:alfredo.joignant@mail.udp.cl), ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5811-0988>.

Allende in 1970 and the government of Popular Unity, and concluded with the coup d'état of September 11, 1973. This period is approached based on systematic analysis from the press and a diary of life, scrutinizing the representations of the people that are formed and deformed, the feelings of optimism, hopelessness and fear in the face of the struggles that confront different groups and classes. In this journey through turbulent times, it is shown how order is challenged, and how different groups are represented.

**Keywords.** Chile, Popular Unity, Social representations, Groups, Classes, Fights.

**Recibido:** abril de 2024

**Aceptado:** octubre de 2024

Es en un contexto convulsionado que tuvieron lugar en Chile verdaderas guerras de “clases” entre 1970 y 1973. El uso de las comillas no es causal, ya que con ellas busco nombrar no solo a clases sociales, sino también a distintos grupos en pugna en un periodo de excepcional efervescencia: el gobierno de la Unidad Popular presidido por Salvador Allende. En esa “guerra”, lo que predominaban eran relaciones odiosas entre adversarios y voluntades de ruptura con un orden cada vez menos establecido, cuyas rutinas políticas se tornaban problemáticas. Es así como los principales periódicos de izquierda tendían a describir la política chilena como “un enfrentamiento entre sectores sociales (fundamentalmente entre ricos y pobres)”<sup>1</sup>.

La literatura sobre la Unidad Popular es sumamente abundante, un gobierno que ha sido abordado desde distintas perspectivas que son imposibles de reseñar en toda su extensión: la Unidad Popular como proyecto político<sup>2</sup>, como crónica<sup>3</sup>, como tragedia a través de distintas biografías de Salvador Allende<sup>4</sup>, como fracaso<sup>5</sup>, como una experiencia de interés universal<sup>6</sup> y un largo etcétera. En este artículo, lo que se aborda es a la Unidad Popular desde abajo, esto es las distintas luchas políticas y sociales que fueron registradas por la prensa en el modo de un espejo que las deforma<sup>7</sup>. Es importante precisar las coordenadas disciplinarias en las que se

---

<sup>1</sup> Guillermo Sunkel, *Razón y pasión en la prensa popular* (Santiago: ILET, 1985), 108-109.

<sup>2</sup> Julio Pinto Vallejos, ed., *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular* (Santiago: LOM, 2005); Joan E. Garcés, *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política* (Madrid: Siglo XXI, 1976/2013) y, del mismo autor, *El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Salvador Allende* (Madrid: Siglo XXI, 1974/2018).

<sup>3</sup> Alain Touraine, *Vida y muerte del Chile popular* (México: Siglo XXI, 1974).

<sup>4</sup> Mario Amorós, *Salvador Allende. Biografía política, semblanza humana* (Santiago: Ediciones B, 2024).

<sup>5</sup> Daniel Mansuy, *Salvador Allende. La izquierda chilena y la Unidad Popular* (Santiago: Taurus, 2023).

<sup>6</sup> Alfredo Joignant y Patricio Navia, comp., *Ecos mundiales del golpe de Estado. Escritos sobre el 11 de septiembre de 1973* (Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2013).

<sup>7</sup> Susanna Barrows, *Distorting Mirrors: Visions of the Crowd in Late Nineteenth-Century France* (New Haven y Londres: Yale University Press, 1981).

inscribe este artículo, el que se sitúa en el perímetro de la historia del tiempo presente, esto es un periodo cuya “contemporaneidad” todavía pertenece a nuestro tiempo, así como algunos de sus actores, intereses y causas. Tal como Henry Rousso sostuvo: “toda historia contemporánea comienza con ‘la última catástrofe hasta la fecha’, en todo caso la última que parece que es la que más habla, o que en todo caso es la más cercana cronológicamente”<sup>8</sup>. Pues bien, nuestra última catástrofe fue el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973, y lo que me propongo hacer es restituir, con el lenguaje y la subjetividad de entonces, reconstruidos con los relatos de prensa, el periodo previo al golpe, conectando la historia con la sociología y la ciencia política, componentes necesarios de una “fábrica interdisciplinaria” de explicación<sup>9</sup>.

Teniendo a la vista el periodo que precede a nuestra última catástrofe, este artículo es tributario de tres tradiciones de estudio que conviene distinguir. En primer lugar, la historia conceptual de lo político de Pierre Rosanvallon, en específico en un aspecto esencial: “las representaciones y las ideas constituyen una materia estructurante de la experiencia social”<sup>10</sup>, que es precisamente lo que abordaré en este artículo. En segundo lugar, este estudio puede también ser leído como una forma de historia social de lo político, lo que coloca el énfasis en el poder de la sociedad para redefinir el campo político y sus límites, así como sus actores y las luchas relativamente especializadas que estos pueden emprender<sup>11</sup>. En tercer lugar, se trata también de una historia política de lo social, en donde los actores políticos, a través de sus disputas, redefinen la sociedad y moldean a los grupos que la conforman<sup>12</sup>.

A través de un análisis sistemático de la prensa en aquel periodo, así como mediante la lectura de un diario de vida, este artículo busca entender de qué manera las luchas de la época estaban referidas a elementos de excepcional importancia, cuya definición estaba en juego. El trabajo de archivos de prensa en el que se apoya este trabajo fue realizado en la Biblioteca Nacional hace quince años atrás y durante seis meses, concentrándome en los diarios *El Mercurio*, *Clarín* y *Puro Chile* sobre los cuales existían datos de lectoría, así como en la revista *Tribuna*. Para la construcción del corpus de editoriales, reportajes, artículos de opinión e insertos (pagados) procedí leyendo los títulos de cada pieza periodística y, cuando era posible, las “bajadas” que resumían el argumento, seleccionando aquellos textos que contenían alguna referencia a la idea de violencia, pero también que utilizaban un lenguaje metafórico para

---

<sup>8</sup> Henry Rousso, *La dernière catastrophe. L'histoire, le présent, le contemporain* (París: Gallimard, 2012), 19.

<sup>9</sup> Michel Offerlé y Henry Rousso, dirs., *La fabrique interdisciplinaire. Histoire et science politique* (Rennes: Presses universitaires de Rennes, 2008).

<sup>10</sup> Pierre Rosanvallon, *Por una historia conceptual de lo político. Lección inaugural en el Collège de France* (Buenos Aires: FCE, 2003), 46.

<sup>11</sup> Un buen ejemplo es el libro de Alain Garrigou, *Histoire sociale du suffrage universel en France: 1848-2000* (París: Seuil, 2002).

<sup>12</sup> Para un análisis de la sociohistoria francesa como historia social de lo político e historia política de lo social: Yves Déloye, *Sociologie historique du politique* (París: La Découverte, 1996).

describir en aquel entonces a actores y situaciones políticas. Me orienté en este océano de archivos de prensa utilizando palabras clave de modo enteramente manual (recordemos que en el periodo en el que trabajé, allá por los años 2008-2009, los archivos de prensa no se encontraban disponibles en PDF ni admitían búsquedas automatizadas mediante palabras claves): por una parte, discriminé a partir de la búsqueda de términos con grupos sociales (“clases sociales”, “obreros”, “campesinos”, “huaso”, “burguesía”) y, por otra parte, distinguiendo situaciones y acciones específicas (“concentraciones”, “atentados”, “violencia”, “lucha de clases”, “guerrilla”, “terrorismo”, “revolución”, “locura”). La presencia de esos términos y, sobre todo, su recurrencia, me permitieron seleccionar los artículos con los que finalmente trabajaría. El corpus de piezas periodísticas a menudo describía situaciones de la vida cotidiana, eventualmente banales, en donde predominaba la alteración de las rutinas en el perímetro de irrupción de un “acontecimiento”<sup>13</sup> y la prefiguración de una gran ruptura: ese es el origen de nuestra última catástrofe. En todas estas piezas periodísticas se desprenden figuras del pueblo, esto es representaciones simbólicas y sociales que lo describen resaltando determinados atributos tanto estéticos como morales: esto se ve con claridad en varias caricaturas, especialmente en la figura 1. Es en este sentido, entonces, que utilizo el término de “representaciones”. En una primera sección, me detendré en las batallas por definir al “pueblo” y sus formas. En una segunda sección, me interesaré en las lógicas que condujeron a sacralizar a los pobres, cuya contracara era el odio a los ricos. En una tercera sección, analizaré la frontera entre formas desorganizadas de la vida social y el paso a la violencia que éstas prefiguraban. Finalmente, en una cuarta sección concluiré con una reflexión sobre la paulatina generación de una demanda de orden que desembocará en el golpe de Estado de 1973.

### **Las metamorfosis del pueblo**

Entre 1970 y 1973, el “pueblo” se transformó en un codiciado tesoro, especialmente durante la campaña presidencial de 1970. Lo que estaba en juego era muy claro: ganar su adhesión al cabo de luchas sobre sus contornos, su dimensión, fisonomía y hasta sus propiedades morales equivalía a tomar ventaja en la competencia por el sillón presidencial. No puede entonces sorprender que lo que sobresalga de estas luchas sea una representación antropomórfica del pueblo, en el sentido en que su reificación se traducía en intentos de imputación de intereses y deseos a un grupo cuya voluntad era constantemente interpretada. Es notable constatar cómo

---

<sup>13</sup> Wagner-Pacifi describe bien el tipo de material humano que constituye a un acontecimiento: “los acontecimientos son inicialmente experimentados como discontinuos, desorientadores e incoherentes”, para en seguida ser “reabsorbidos en una narrativa histórica de intencionalidad y causalidad para que puedan ser domesticados”: Robin Wagner-Pacifi, *What is an Event?* (Chicago y Londres: The University of Chicago Press, 2017), 63 y 68.

la palabra “pueblo” se encuentra presente tanto en el discurso de los políticos de derecha e izquierda como en la prensa conservadora y popular.

Es así como un diario de derecha, *La Tercera*, se definía explícitamente en 1970 como un “diario popular” que llega a las manos de “obreros calificados, empleados, dueñas de casa, campesinos y pobladores”, puesto que, según señalaba, su misión era “estar con el pueblo, con el trabajador”<sup>14</sup>. Touraine no se equivocaba al subrayar la dificultad de aprehender los distintos significados, en Chile, de la palabra *pueblo*, como tampoco erraba al hablar de una “figura a la vez fuertemente trazada y ambigua”<sup>15</sup>. Lo interesante es precisamente este carácter polisémico de la palabra, puesto que es allí en donde reside su valor: “El *pueblo* no es una clase social”, sostenía Touraine<sup>16</sup>, una afirmación que es al mismo tiempo verdadera y falsa. Es verdadera porque el concepto de pueblo trasciende ampliamente las fronteras de las clases sociales. Sin embargo, es falsa, ya que al analizar seriamente la polisemia de la palabra en Chile, es fundamental considerar la notable movilidad histórica de su composición, que ha permitido la inclusión y exclusión de diversos grupos en diferentes momentos.

Es este valor que se le atribuye a la palabra “pueblo”, y de modo más general a lo “popular”, que se encuentra presente en el discurso de todos los candidatos presidenciales, partiendo por el candidato de derechas Jorge Alessandri y su “inmensa satisfacción de probar [que él fue] comprendido por el pueblo y que obtuvo su confianza”<sup>17</sup>. Sin duda, el valor de la palabra se explica tanto por las luchas hegemónicas que se habían desarrollado en Chile durante un largo período, como por la trayectoria y herencia política de Alessandri. Esto convertía al “pueblo” en un término que resonaba positivamente incluso entre las fuerzas conservadoras. Recordemos que el padre de Jorge Alessandri, Arturo, conocido como el “León de Tarapacá”, llegó a la presidencia de Chile en los años 20 gracias al apoyo de las clases más populares de la sociedad, a las que se refería con una metáfora fascinante: “mi chusma inconsciente”. Este uso del posesivo subraya el carácter paternalista de un líder que algunos de historiadores asocian con el populismo. En tal sentido, Jorge Alessandri se colocaba en una relación de continuidad con su padre, lo que explica su elogio al pueblo y la exaltación de su “maravillosa intuición”<sup>18</sup>, su “instinto de conservación”<sup>19</sup>, o cuando establecía la frontera entre el mal pueblo y “nuestro auténtico pueblo responsable”<sup>20</sup>.

---

<sup>14</sup> *La Tercera*, 7 de junio de 1970.

<sup>15</sup> Alain Touraine, en Eduardo Castillo, ed., *Chili, 11 septembre 1973, la démocratie assassinée* (Paris: ARTE-Le Serpent à Plumes, 2003), 209.

<sup>16</sup> Touraine, en Castillo, ed., *Chili, 11 septembre 1973...*, 208-209.

<sup>17</sup> *El Mercurio*, 11 de enero de 1970.

<sup>18</sup> *El Mercurio*, 4 de abril de 1970.

<sup>19</sup> *El Mercurio*, 21 de mayo de 1970.

<sup>20</sup> *El Mercurio*, 24 de marzo de 1970.

Se puede, por tanto, entender que detrás de la misma palabra se esconden diferentes definiciones del “pueblo”. En la iconografía electoral de Allende, se destacaba la imagen de un pueblo homogéneo, concebido como una masa compacta y movilizada. Un pueblo cuyas dimensiones eran vastas, pero también imprecisas y amenazantes una vez que la izquierda accedió al poder. En este contexto, resulta particularmente interesante el trabajo de *El Mercurio* en la delimitación de los contornos del “pueblo”. No es una simple variante del lenguaje que, el mismo día en que Allende asumía la presidencia, *El Mercurio* señalara un desplazamiento en la relación de representación, pasando del “pueblo” a los “trabajadores”. Reconocía así en el “nuevo régimen” una aspiración de “interpretar y encarnar” a quienes sustentaban su vida en el trabajo<sup>21</sup>. Esta redefinición, que abarcaba una “amplia gama de chilenos que viven de su trabajo personal”, implicaba un reconocimiento del carácter extremadamente heterogéneo de la categoría “trabajadores” y concluía que “el pueblo no corresponde simplemente a una clase compuesta por obreros manuales”<sup>22</sup>. Así, el cambio del término “pueblo” a “trabajadores” equivalía a la transición de un grupo compacto y definido de un supuesto homogéneo, a un colectivo más diverso y proteiforme.

Por cierto, esta representación amplia de los “trabajadores” no será impedimento para que *El Mercurio* haga sociología espontánea sobre otros grupos sociales para atenuar la importancia de quienes viven de su fuerza manual, como por ejemplo las “clases medias”. Pero es sobre todo mediante un retorno inicialmente escéptico sobre el “pueblo”, para en seguida transformarse en hostilidad moral hacia él, que *El Mercurio* deja ver sus temores, al imputarle a ese pueblo *upeliento* oscuras intenciones: lo que se aprecia paulatinamente en la derecha es un verdadero pánico al pobre, un sentimiento que estará presente durante todo el gobierno de la Unidad Popular.

Con el fin de contextualizar las representaciones del “pobre” en la sociedad chilena de inicio de los 70, hay que detenerse en el ethos y en la estética de quienes eran considerados como “pobres”. En lo referido a su ethos, la campaña presidencial de 1970 permitió poner en evidencia un conjunto de valores relacionados con el “coraje”, la “intuición” o el “instinto” de sobrevivencia de los más pobres, lo que podía corresponder a un deseo popular de orden<sup>23</sup>, o a la aspiración de un orden popular que presuponía una voluntad de ruptura con el orden establecido (“las momias al colchón, los momios al paredón”, lo que reflejaba una representación de la pobreza como barbarie), o ambas cosas a la vez. Es así como un mismo ethos podía dar lugar a retraducciones políticas diametralmente opuestas. Muy distinta era la representación de la estética del pobre, especialmente por los medios conservadores chilenos.

---

<sup>21</sup> *El Mercurio*, 4 de noviembre de 1970.

<sup>22</sup> *Idem*.

<sup>23</sup> Por ejemplo, en la derecha y en Alessandri, quienes ven en el pueblo una «maravillosa intuición» que hace posible desear «un gobierno severo»: *El Mercurio*, 4 de abril de 1970.

Sobre esto, *El Mercurio* ofreció una amplia gama de pistas referidas a la manera en cómo las clases dominantes establecían una relación de distancia con los pobres, reflejando sus temores morales y miedos políticos. Son estas pistas las que se apreciaban en varios reportajes dedicados a retratar algunos sectores del barrio alto de Santiago, por ejemplo, Providencia. Si en las calles de esta avenida, organizada en torno a tiendas y boutiques que eran frecuentadas por la burguesía local, nos encontramos con jóvenes ordenados que escuchaban a los Beatles en “fiestas bien organizadas y sin alcohol”, también se observaba la presencia de “barbudos y pelucones de los barrios bajos”<sup>24</sup>. Lo fascinante es que esta lógica del *melting pot* se vuelve insoportable en la medida en que las diferencias estéticas entre jóvenes de los barrios altos y bajos se tornan invisibles, ya que “sus apariencias son parecidas”<sup>25</sup>. El problema es que, a diferencia de ayer, hoy “los jóvenes juegan a disfrazarse de pobres”, cuya consecuencia es que “quienes son auténticamente pobres y mal vestidos por necesidad pasan desapercibidos”<sup>26</sup>: la indiferenciación estética entre unos y otros es inquietante.

Es este temor al pobre lo que explica la eclosión del clasismo, en la exacta medida en que ser pobre era equivalente a ser obrero o campesino. Esto se ve muy bien en varios reportajes periodísticos referidos a casos de crónica roja que, a pesar de la crudeza “delictual” de lo descrito, eran interpretados como situaciones políticas. Es así como, a propósito de un incidente que terminó con un hombre muerto, un carabinero herido y un individuo en fuga, *El Mercurio* construyó una relación de equivalencia entre la pertenencia obrera y el terrorismo de izquierda a partir de la interpretación de indicios referidos al sujeto muerto: si bien el occiso no poseía antecedentes policiales, la nota periodística destacaba su condición de “tipógrafo” que llevaba “una vida relativamente tranquila”<sup>27</sup>. Verdadero oxímoron de un orden moral que hace que el oficio de obrero presuponga difícilmente una relación apacible con la existencia, no debe sorprender que “estos detalles” hayan hecho de este individuo a alguien sospechoso de pertenecer a “una organización extremista”<sup>28</sup>. Esta misma sospecha, activada no solo por la pobreza en sí, sino más bien porque esta condición lleva a formar parte de clases consideradas políticamente peligrosas, se refleja en el relato de una huelga en el sector rural de Ñuble. *El Mercurio* relata una “agitación campesina” que era entendida por el coronel de carabineros a cargo de la investigación, como “punto de partida” de otras agitaciones de igual calibre, lo que le permitía al periódico concluir que este “movimiento campesino” formaba parte de un “plan subversivo organizado por elementos extremistas”<sup>29</sup>. Lo relevante es que esta sospecha se volvía aún más amenazante cuando venía acompañada de una estética repulsiva. Por ejemplo,

---

<sup>24</sup> *El Mercurio*, 5 de julio de 1971.

<sup>25</sup> *Idem*.

<sup>26</sup> *Idem*.

<sup>27</sup> *El Mercurio*, 1 de febrero de 1970.

<sup>28</sup> *Idem*.

<sup>29</sup> *El Mercurio*, 2 de febrero de 1970.

se hacía referencia a un asaltante que, al no tener “ninguna actividad”, era tipificado junto a sus amigos como “vagabundos [...] que exhibían melenas abundantes y un aspecto hippie”<sup>30</sup>.

Todos estos ejemplos se inscriben en una coyuntura electoral que estuvo plagada de incidentes, en donde era difícil hacer la diferencia entre lo que es propio del delito común, el altercado político o una combinación de ambas situaciones. Es precisamente esa frontera la que va a ser delineada por *El Mercurio* en varios editoriales y reportajes, en donde la figura del pobre oscilaba entre una definición social del delincuente y una definición política del terrorista. Al constatar una disminución radical de la violencia electoral “en los grandes centros urbanos”, el contraste era patente “con el carácter rudo de los altercados en la zona minera”<sup>31</sup>, especialmente en Lota y Coronel, en donde los partidos de izquierda reinaban. ¿Cómo explicarlo? En primer lugar, formulando la hipótesis de que Alessandri producía espontáneamente «violencia social»<sup>32</sup>, lo que bastaba para hacer la diferencia con sus formas “delictivas”. Sin embargo, lo que sorprende al periodista del *Mercurio* mientras redactaba esta crónica electoral era constatar que “los verdaderos autores de la violencia no fueron menesterosos ni marginales, sino más bien elementos políticos”<sup>33</sup>. Se trata de ejemplos bañados en eufemismos, en donde el miedo y el rechazo al pobre son ocultados. No es casualidad que esta negación, que coincide con la hegemonía de la palabra 'pueblo' y con las definiciones más laxas y vagas proporcionadas por *El Mercurio*, intervenga en el transcurso de la campaña presidencial de 1970. Tres años más tarde, en el apogeo de la crisis política, ya no habrá más eufemismos: es como si la propia crisis hubiese permitido dar libre curso ya no al miedo, sino al pánico frente a un pobre cuya fisonomía se objetiva definitivamente en la figura del obrero.

Es cierto que este miedo pudo activarse bastante antes del triunfo de Allende, por ejemplo, en el marco de los incidentes que marcaron la campaña electoral de 1970 (“Una turba de 70 obreros (...) atacó con palas, horquetas (...) a los partidarios” de Tomic<sup>34</sup>). Pero es sobre todo bajo el gobierno de Allende que este miedo se transformó en pánico, combinándose con una representación cargada de odio hacia los individuos que componían un detestable “*montón-masa*”<sup>35</sup>. En efecto, si se toma en serio la convulsión del mundo y de sus principales puntos de orientación entre 1970 y 1973, periodo en el que se impone un ritmo vertiginoso de los acontecimientos<sup>36</sup>, entonces no debe sorprender que se consolide un sentimiento hecho de

---

<sup>30</sup> *El Mercurio*, 8 de febrero de 1970.

<sup>31</sup> *El Mercurio*, 25 de marzo de 1970.

<sup>32</sup> *Idem*.

<sup>33</sup> *Idem*.

<sup>34</sup> *El Mercurio*, 2 de abril de 1970.

<sup>35</sup> R.W.E., «Los pudientes», *El Mercurio*, 19 de enero de 1973.

<sup>36</sup> Alfredo Joignant, «El presente refractado. Usos del tiempo, representaciones de la historia y simbolismos de la fuerza (Chile, 1970-1973)», *Historia I*, n° 57 (enero-junio 2024): 269-310.

miedo y rabia en los grupos sociales más conservadores. Un buen ejemplo de la configuración de una subjetividad conservadora a la vez timorata y odiosa hacia el pobre se encuentra en una tribuna de opinión publicada en enero de 1973 bajo las iniciales R.W.E. Reivindicando un “sentido antropológico”, este autor anónimo se rebelaba ante esta “curiosa doctrina” según la cual “se deben socavar mis ingresos para distribuirlos de modo igualitario entre quienes, por razones genéticas más que hipo-proteínicas no han hecho nada para obtener nada con su flojera, sus vicios y su pérdida de dignidad”<sup>37</sup>. Más claro imposible: es el miedo y el odio, pero esta vez en un tono que trasluce un verdadero racismo de clase, lo que comienza a imponerse abiertamente en el contexto de situaciones en donde emergen formas incipientes de justicia popular, por ejemplo, en las fábricas. Este fue el caso de un pequeño empresario industrial de Santiago, quien fue sometido a juicio “en su propia fábrica” por sus trabajadores, bajo el cargo de haber despedido de modo injustificado a “uno de sus obreros”, lo que le valió ser “condenado a quedarse sin suministros de materias primas”<sup>38</sup>. Fue así como se transitó desde una noción de pueblo amplio y macizo, aunque siempre sospechoso de desbordes y fechorías, a trabajadores cuyas fronteras eran vagas y borrosas, para desembocar en otra forma de pueblo, integrada por clases sociales definitivamente peligrosas.

### **El odio a los ricos, la gloria de los pobres**

Durante la campaña presidencial de 1970 y a lo largo del gobierno de la Unidad Popular, se consolidó una relación cargada de odio hacia los ricos, al poner en cuestión no solo sus intereses económicos, sino también y sobre todo su propia existencia como grupo. Es en este sentido que hay que entender la equivalencia de los ricos con un conjunto de grupos cuya relación con la política no tenía nada de evidente, puesto que se trataba de grupos que escapaban a la lógica de la lucha de clases.

Es así como el odio popular a los *homosexuales* que se lee en las páginas del diario *Clarín*, cumple en realidad una función auxiliar respecto de los odios principales referidos a las clases dominantes, “oligarquía”, “burguesía” o “terratenientes”, tres términos mediante los cuales se declina el estatus semántico del rico en Chile. Aunque tipificada como “«mafia» asquerosa”, esta población de “hombres predestinados a nunca ejercer como machos”<sup>39</sup> se transformaba en amenaza cuando se la asociaba con la riqueza. Ciertamente, es también posible ver en esta relación odiosa con los homosexuales, con el *maricón*, el resultado de una relación viril con el mundo cotidiano por parte de las clases más desfavorecidas. Los homosexuales se tornan en un grupo políticamente detestable en la medida en que forman parte de “un círculo cerrado y

---

<sup>37</sup> R.W.E., «Los pudientes».

<sup>38</sup> *El Mercurio*, 15 de enero de 1973.

<sup>39</sup> *Clarín*, 10 de marzo de 1970.

propietario de grandes fortunas, privilegios e influencias”<sup>40</sup>. Así las cosas, los homosexuales serían individuos éticamente repugnantes, ya que son “como los mosqueteros”: “uno para todos y todos para uno”<sup>41</sup>. Se podían convertir incluso en personas peligrosas, por ejemplo en pirómanos ya que “el color rojo de las llamas, el crujido de la madera y el ida y vuelta de la gente que lucha por apagar el siniestro” provoca en ellos un placer desenfrenado, una pulsión originada en la imposibilidad de “continuar soportando el ocultamiento de [su] doble personalidad”<sup>42</sup>. Se trata entonces de un grupo éticamente repudiable pero políticamente imperfecto, ya que no es su condición sexual la que lo transforma en amenaza (nunca hubo persecuciones en contra de la población homosexual bajo la Unidad Popular), sino su íntima vinculación con las clases dominantes. Dicho de otro modo, los homosexuales se transforman en maricones políticos, y por tanto en adversarios, una vez que son redefinidos como portadores de injusticias sociales al ser propietarios de riqueza.

No muy distinta es la tipificación en la versión de izquierda del *hippie*. Es importante no perder de vista que se trata de una época en la que coexisten movimientos artísticos y modas musicales tan diferentes como aquellas asentadas en los Beatles y el rock and roll, la música políticamente comprometida de Quilapayún, la crítica social de Violeta Parra y Víctor Jara, el movimiento *hippie* y su principal emblema local, Los Jaivas<sup>43</sup> (Albornoz 2003, 185), así como la “nueva ola” chilena. Es en este periodo que las diversas expresiones culturales originan relaciones con el cuerpo que son específicas a cada moda o movimiento, de manera tal que era fácil distinguir entre un fan de los Beatles y un “militante” del Quilapayún, dada la enorme distancia entre estos dos tipos de *hexis* corporales<sup>44</sup>.

El universo cultural que era espontáneamente tipificado como *hippie* se encontraba subyugado en relación con aquellas otras expresiones artísticas cuya legitimidad cultural era indiscutible. Este era el caso, paradigmático, del ya mencionado grupo Los Jaivas, cuya crítica musical era menos social que experimental, menos política que libertaria. Se trataba de un grupo que se caracterizaba por elogiar una suerte de autonomía moral a través de estilos de

---

<sup>40</sup> Idem.

<sup>41</sup> Idem.

<sup>42</sup> *Clarín*, 14 de octubre de 1970.

<sup>43</sup> César Albornoz, «Los sonidos del golpe», en 1973. *La vida cotidiana de un año crucial*, coord. por Claudio Rolle (Santiago: Planeta, 2003), 185.

<sup>44</sup> El término griego *hexis* (cuya etimología refiere a un verbo relacionado con la idea de posesión) fue redefinido como concepto por el sociólogo Pierre Bourdieu, con el fin de caracterizar formas específicas de relaciones con el cuerpo, las que no se explican por modas, modales o gustos personales. Es así como una *hexis* se encuentra implicada en el modo de tomar el tenedor o la cuchara (el ejemplo es de Pierre Bourdieu, *La distinción. Critique sociale du jugement* (París: Minuit, 1979)), en la forma de vestirse o de portar el cuerpo para habitar el mundo, esto es usos del cuerpo que se explican por las condiciones sociales de existencia. Una nota aparte es el uso del cuerpo de los homosexuales (su *hexis*) en interacción con sus condiciones económicas y sociales de existencia, lo que fue puesto en evidencia por Didier Eribon en su ensayo autobiográfico *Retour à Reims* (París: Champs Flammarion, 2018).

vida comunitarios y una relación con el cuerpo muy distinta de la arreglada *hexis* de los fans del rock and roll o de los Beatles, así como del público asiduo a la canción protestataria de Quilapayún, cuyos miembros hacían gala de una estampa sobria y lucían rostros poblados por barbas y bigotes que emulaban a los *barbudos* de la revolución cubana. En tal sentido, Los Jaivas cultivaban un repertorio musical diverso en relación con lo que ya se llamaba la Nueva Canción Chilena, cuyas letras elogiaban al pobre en tono sentimental y realista. Al respecto resulta entendible la sorpresa de Gabriel Agosín O. al percatarse de la inclusión de Los Jaivas en una Antología de la Nueva Canción Chilena editada con ocasión de las conmemoraciones de los 30 años del golpe de Estado en 2003, señalando que sus “innovaciones y experimentaciones los condujeron por territorios mucho más libres en términos estéticos” en comparación con Quilapayún o Inti-Illimani<sup>45</sup>. De allí la distancia de la izquierda con los *hippies*, con su música, su estética, sus gustos y estilos de vida que tan bien se aprecian en las páginas del diario *Clarín*. Esta distancia se justifica políticamente más que éticamente, lo que se traduce en el franco rechazo de un grupo detestable a partir de una supuesta relación de complicidad con la riqueza y las clases dominantes. Un excelente botón de muestra lo proporciona *Clarín* al día siguiente de la fiesta nacional del 18 de septiembre de 1970, al evocar como “única nota discordante (...) a los “lolos” fumando marihuana en Providencia, quienes bailaron ritmos foráneos, especialmente el « go-go » yanki”<sup>46</sup>. Dicho de otro modo, si estos *hippies* con sus largas cabelleras podían permitirse establecer una relación autónoma y libre con la vida misma, es porque ellos pertenecían a grupos acomodados, lo que los transformaba en individuos sospechosos y cómplices con la explotación y la dominación de clase.

La posición ambigua de los *hippies* y su expresión artística (políticamente cercanos a la retórica del cambio social de los partidos de izquierda, socialmente vecinos de las clases económicamente favorecidas debido a sus orígenes familiares y éticamente rechazados a causa de su aspecto descuidado y de un estilo de vida definido como inmoral) fueron los argumentos que explican el sentido profundo de una sorprendente caricatura política publicada por una revista de derecha (figura 1).

---

<sup>45</sup> Gabriel Agosín O., «El equívoco *soundtrack* de la UP», *El Mostrador*, 10 de agosto de 2003.

<sup>46</sup> *Clarín*, 20/09/1970. Providencia era en este sentido un barrio altamente estratégico desde el punto de vista del reconocimiento social, en la medida en que “los paseos del sábado por la mañana en el Drugstore de Providencia eran un panorama obligado para los jóvenes de clase media y alta que querían ver modas y ser vistos como de moda”: Olaya Sanfuentes, «Tiempos de traje, aires de moda. Una forma de comunicación no verbal en la década de los setenta», en 1973. *La vida cotidiana de un año crucial*, coord. por Claudio Rolle (Santiago: Planeta, 2003), 218.

Figura 1.- Tres figuras ambiguas del pueblo



Fuente: *La Tarde*, 6 de octubre de 1970, citado por Ángel Soto G., "Caricatura y agitación popular en Chile durante la Unidad Popular, 1970-1973", *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América*, vol.2, 2, 2003, 103.

En esta caricatura se puede ver a tres personajes, verdaderas figuras arquetípicas de los grupos sociales que componen el "pueblo" y la amenaza política que éste representa a los ojos de la oposición conservadora al gobierno de Allende. En primer lugar, el pobre, figura central de la caricatura, cuya vestimenta descocida, sus sandalias, una barba mal afeitada y un pequeño sombrero descuidado bastan para hacer de este personaje una suerte de híbrido entre un campesino y un obrero, inquietante no solo por su aspecto sino también por portar una barra de dinamita en la que se lee "opinión pública", diciéndole a los otros dos personajes: "¡tengan cuidado muchachos...que esto también estalla!". A su izquierda, vemos a un joven jugando al revolucionario o al terrorista, en probable alusión a los dirigentes del MIR debido a su aspecto burgués y bien cuidado (sombrero de copa, corbata, rostro correctamente afeitado), con un fósforo en su mano encendiendo otra barra de dinamita mientras escucha atentamente la advertencia del pobre. A la derecha de la caricatura se ve a un hippie, con pelo largo y una espesa barba, vestido con dos tipos contradictorios de vestimenta (una camisa coloreada y psicodélica y una boina guerrillera que evoca al Che Guevara). Es una caricatura extraordinaria, muy cercana a una alegoría, en la que se mezclan las tres figuras principales del

miedo conservador: el pobre, el pije de ultra izquierda que sugiere la idea de traición de clase, y el *hippie* (por lejos la figura más ambigua). Si el *hippie* es una figura tan híbrida y ambigua, es a causa de esta extraña combinación de vestimentas que remiten al mismo tiempo al registro clásicamente *hippie* y a la *hexis* de la izquierda revolucionaria.

Es cierto que el porte de la barba por militantes de partidos de izquierda podía inducir error, en el sentido en que era posible confundir a los barbudos de izquierda con *hippies*. De allí la ambigüedad y el interés de la caricatura política que acabamos de analizar, en la medida en que el *hippie* se transformaba en un actor corporalmente híbrido y políticamente amenazante. Pero al mismo tiempo, estamos en presencia de dos *hexis* muy distintas, una mejor definida que la otra. Si bien parece un poco exagerado afirmar que “la juventud de izquierda *en su totalidad* lucía (...) un aspecto diferente”<sup>47</sup>, la observación según la cual “los jóvenes de los partidos de izquierda adoptaron el pelo largo y la barba como un signo visible de su elección política”<sup>48</sup> expresa correctamente la idea de una *hexis* bien establecida. Tan bien establecida que, veinte años después, la referencia a la barba y el significado político que le era asociado todavía hacían sentido en los lectores de una exitosa novela, *Mala onda*<sup>49</sup>, puesto que les permitía situar a las personas en el eje derecha/izquierda, pero también desplazar desde la izquierda hacia la derecha a todos quienes no se ajustaban a esta tipificación. Es en este sentido que hay que entender la afirmación, rica en enseñanzas, de una guerra de clases tan particular, la que tomaba la forma de luchas de clasificaciones y taxonomías corporales, de la cual Benjamín Mackenna, líder del grupo folclórico *Los Huasos Quincheros*, tenía plena conciencia: “Si ser *momio* significa defender determinados valores de la canción popular chilena...Si ser *momio* significa no dejarse la barba ni usar medallones, ni portar ponchos negros para cantar...y si al contrario eso significa vestirse de huaso<sup>50</sup>...pues sí, somos *momios*”<sup>51</sup>.

En este marco puede entonces entenderse el sentido que tiene la siguiente caricatura (figura 2) publicada por la revista opositora a la Unidad Popular, *PEC*, meses antes del golpe de Estado, en la que dos personas comunes y corrientes observan la toma de una fábrica, tras lo cual uno dice: “en esta industria solo dejan entrar a los que son de la UP”, mientras que su

---

<sup>47</sup> Sanfuentes, «Tiempos de traje, aires de moda. Una forma de comunicación no verbal en la década de los setenta», 214, el subrayado es mío.

<sup>48</sup> *Idem*.

<sup>49</sup> La trama del libro se desarrolla en 1980, en plena dictadura, en donde el personaje principal es Matías Vicuña, un joven adolescente de clase alta cuya familia se benefició de las políticas económicas neoliberales. Es de este modo que Matías se imaginaba la Unidad Popular: “En realidad, no sé nada, solo conozco esos documentales contra la UP y todo el gobierno de Allende que dan en el Canal 7 y que a mí me parecen bastante entretenidos, en especial porque Chile se ve tan antiguo y en otra. Es como si fuera otro país, con otro look, la gente con barba y minifaldas y letreros y huelgas y colas y metrallas”: Alberto Fuguet, *Mala onda* (Santiago: Alfaguara, 2000, 1ª edición 1991), 50.

<sup>50</sup> El *huaso* es una figura de origen rural, típica de Chile.

<sup>51</sup> Albornoz, «Los sonidos del golpe», 170, nota 1.

acompañante le pregunta: “¿y cómo los reconocen?”. La respuesta a esta pregunta la proporcionan ciertamente los fusiles que son portados por individuos con cascos, pero sobre todo descansa en una tipificación del sujeto de izquierda, barbudo, pelucón o con bigote.

Figura 2. La barba como elemento de tipificación de la identidad política de izquierda



Citado por Ángel Soto G., “Caricatura y agitación popular en Chile durante la Unidad Popular, 1970-1973...”, 129.

Es contra este trasfondo de una *hexis* de izquierda que se dibuja una representación gloriosa del pobre, de lo cual un excelente ejemplo es la impresión de billetes de banco con el

rostro de “un minero anónimo”<sup>52</sup> bajo la Unidad Popular, desplazando de la iconografía estatal a la figura más consensual del héroe nacional, generalmente militar. Ciertamente, existe en Chile una poderosa frontera espacial que separa a los ricos de los pobres, lo que se expresa en el lenguaje práctico de lo “alto” y de lo “bajo” con el fin de nombrar la segregación urbana y clasificar a los barrios (protegidos) de Santiago, cuya función política es reducir las ocasiones de contacto y conflicto entre grupos distintos. Se trata de una “frontera natural” a partir de la cual los de “arriba” gozan de “autos de último modelo, tres o cuatro refrigeradores por hogar”, de “aire, luz, árboles, colores”, en donde “la mujer es un objeto de arte, estilizada y esculpida como la greda fina y perfumada”<sup>53</sup>. Desde esta posición social y espacialmente dominante, se ven a todos los de “abajo”, rotos y pobres, sometidos a “calles estrechas”, a la “sobrepoblación”, “las multitudes en los paraderos de micro”, que viven con “la esperanza de llegar un día con un regalo para sus hijos”, es decir un universo de carencias en donde “la mujer tiene las manos heridas por la acción de los detergentes, su rostro envejecido a los veinte años”<sup>54</sup>. Sin embargo, más allá de esta frontera espacial entre barrios altos y bajos, lo que comienza a encontrarse en juego durante el gobierno de la Unidad Popular es la inversión de estos dos polos espaciales, lo que equivale a un trastorno de la organización mental del mundo, en donde los criterios de la belleza burguesa se transforman en parámetros de lo horrible y, al revés, la relación popular y dominada con la vida misma muta en relación igualitaria con el otro, hecha de “amistad y lealtad”, en contraste con la relación arrogante y vertical del burgués chileno<sup>55</sup>. Esta inversión de la relación jerárquica entre posiciones altas y bajas se traduce en una profunda transformación del valor de las personas y de las cosas. Un botón de muestra de este cambio profundo se refiere a la representación social del *huaso* chileno, desde la “figura patética” de un individuo “tímido y analfabeto que se encuentra con un número de la lotería en la mano” pidiéndole “a un vecino ocasional el favor de buscar si tiene premio” en la lista de los números ganadores que le eran indescifrables<sup>56</sup>, hacia otra definición que lo consagra como “*huaso* astuto e inteligente, que sabe muy bien lo que está ocurriendo y lo que le conviene”<sup>57</sup>.

Si bien dos años después del triunfo de Allende todavía afloraban indicios sobre el valor de las personas y las cosas dependiendo de si se era de “arriba” o de “abajo”<sup>58</sup>, estos eran cada vez menos frecuentes: así de poderosa era la inversión de las jerarquías que desembocaba en

---

<sup>52</sup> Claudio Rolle, «1973: la “no historia” de un año crucial», en 1973. *La vida cotidiana de un año crucial*, coord. por Claudio Rolle (Santiago: Planeta, 2003), 18.

<sup>53</sup> *Puro Chile*, 10 de diciembre de 1971.

<sup>54</sup> *Idem*.

<sup>55</sup> *Idem*.

<sup>56</sup> *Puro Chile*, 15 de mayo de 1972.

<sup>57</sup> *Clarín*, 4 de mayo de 1970.

<sup>58</sup> *Puro Chile*, 26 de enero de 1972.

una definición gloriosa del pobre. Esta sacralización del pobre en todas sus formas es lo que se expresa en la redefinición de la música folclórica chilena. No es una casualidad que “el gran festival de la canción” que fue organizado por el comando presidencial de Allende en abril de 1970 le entregara un enorme protagonismo al “campesino”, al “minero”, al “trabajador del mar”, a los “obreros” y a los “pobladores”, es decir, a distintos grupos populares que se transformaban, mediante la lógica de un concurso musical, en los “temas” de las canciones propuestas por los artistas y compositores interesados en participar<sup>59</sup>. Es importante tomar nota de este desplazamiento de los temas legítimos por parte de los organizadores de este festival, que equivalían a pasar de las clásicas historias sentimentales del folclore chileno a problemas políticos y sociales que evidenciaban el rol histórico del pueblo. Un pueblo que se declinaba de acuerdo a la lógica de los oficios, de los habitantes de los barrios populares o de las clases sociales. En tal sentido, se trata efectivamente de una inversión de las jerarquías establecidas o, para emplear los términos de Boltanski y Thévenot, de las “grandezas” (*grandeurs*)<sup>60</sup> musicales, lo que a su vez explica las trifulcas entre adherentes y adversarios de esta redefinición del folclore chileno en el marco del Festival de Viña del Mar<sup>61</sup>. Es así como la lucha de clases podía tomar la forma original de una guerra de sonidos, en donde lo que estaba en juego era la definición legítima del folclore, un género musical tensionado por la letanía de los sentimientos amorosos o por la centralidad de los problemas políticos.

La victoria de la Unidad Popular marcó el triunfo electoral de una coalición de izquierda, pero también puso en cuestión el orden burgués mediante la sacralización del pobre. Es esta gloria del pobre que se trasluce durante la visita a Chile de Fidel Castro en 1971, cuyo anuncio “remueve (...) a los *rotos* corajudos, a los mineros, los pescadores”, quienes, junto a “los profesionales”, “los artesanos, las dueñas de casa, los jóvenes y los intelectuales” constituyen “el pueblo chileno en su más vigorosa y genuina expresión, es decir los trabajadores”<sup>62</sup>. Verdadero espejo de un pueblo que está accediendo a la gloria. La revolución cubana y su líder eran representados como el reflejo de un futuro constituido por relaciones igualitarias y horizontales, en donde la inmersión de Fidel en medio de multitudes de obreros y trabajadores anulaba su estatus de jefe de Estado, materializando el triunfo de los más humildes.

## La violencia y la chacota

El odio expresado hacia ciertos grupos sociales y la gloria prometida a otros solo podía engendrar violencia. Los años 1970-1973 son generalmente descritos como años plagados de

---

<sup>59</sup> *Puro Chile*, 9 de abril de 1970.

<sup>60</sup> Luc Boltanski y Laurent Thévenot, *De la justification* (París: Gallimard, 1991).

<sup>61</sup> En el Festival de Viña del Mar de 1971, la actuación del grupo “Tiempo Nuevo” dio lugar a violentos incidentes por una parte del público que protestaba contra la utilización política del folclore, debido a varias “alusiones a la revolución, a la guerra y al fusil”: *El Mercurio*, 9 de febrero de 1971.

<sup>62</sup> *Clarín*, 7 de noviembre de 1971.

violencia, desde pequeños atentados a la propiedad privada hasta asesinatos, en donde el más espectacular es el crimen del comandante en jefe del Ejército René Schneider por un comando de extrema derecha días antes de la asunción del mando de la nación por Salvador Allende. El problema es que estas diversas formas de violencia no eran siempre comparables, ni explicables por una idéntica racionalidad, ya que remitían tanto a la “chacota” (una expresión chilena que denota la idea de desorden) como al uso deliberadamente político de la fuerza, pero en donde ambas bastaban para instalar la representación de una sociedad camino a la disolución. En 1970, *El Mercurio* ya se hacía eco de estas dos formas de violencia, al distinguir entre la violencia “espontánea” y la violencia “organizada”: la primera remite a la chacota y al desorden sin mañana, reacción puramente mecánica “de la juventud o de las fuerzas del trabajo”, mientras que la segunda es mucho más amenazante, ya que “es algo que fue perfectamente planificado desde hace años”, una suerte de bien político de exportación desde el campo comunista destinado a “destruir el mundo libre”<sup>63</sup>.

Pero, ¿de qué estamos hablando cuando se evoca la figura de la chacota? Entiendo por la violencia como “chacota” a fenómenos de desorganización local mediante el uso de la fuerza verbal o física, cuya principal propiedad es quebrar las rutinas políticas y sociales (infiltración de concentraciones que terminan en trifulcas, suspensión de la actividad laboral tras la irrupción de trabajadores descontentos, etc.), o amenazar la continuidad cotidiana de ciertas prácticas sociales (bloqueos de calles, interrupciones sonoras del orden social mediante gritos o eslóganes estridentes, etc.). En tal sentido, el abanico de prácticas susceptibles de generar chacota es prácticamente ilimitado. En efecto, es una chacota lo que está presente en una concentración de Alessandri en una región minera cuando esta termina abruptamente con la apertura de “sacos de alquitrán líquido” por grupos que *El Mercurio* no duda en calificar de “extremistas”<sup>64</sup>; al igual que con los ataques “de hecho y de palabra”, esta vez en el sur de Chile, en contra de mujeres alessandristas que obligaron a la policía prácticamente a desfilar junto a ellas con el fin de proteger su “integridad física”<sup>65</sup>.

Es importante notar que esta misma definición del desorden también se encuentra en los periódicos cercanos a la Unidad Popular. Es así como *Puro Chile* y *Clarín* se transformaron en portavoces de un cúmulo de pequeños incidentes cuya falta de seriedad era su principal característica; formas de terrorismo vulgar. Tal es el caso de algunos asaltos a supermercados, los que no bastaban para producir una definición propiamente política de los hechos (por ejemplo, nombrándolos como actos terroristas), ya que los asaltantes eran tipificados como “elementos ‘lumpen’” y como “indigentes” cuya comunión se parecía más a la de una “horda”

---

<sup>63</sup> *El Mercurio*, 2 de agosto de 1970.

<sup>64</sup> *El Mercurio*, 20 de marzo de 1970.

<sup>65</sup> *El Mercurio*, 22 de marzo de 1970.

que a la de un grupo organizado<sup>66</sup>. Lo mismo se puede decir en sentido inverso, ya que esta misma lógica de la relativización de la importancia de acciones a decir verdad anárquicas, generadoras de chacota y no de desórdenes organizados se puede leer en las páginas de *Clarín* a propósito del descubrimiento de un campo de entrenamiento de guerrilleros, cuyo carácter inverosímil llevaba a preguntarse si era un lugar especialmente habilitado para este tipo de actividades de guerra o si se trataba de un campo más parecido a un campamento de vacaciones<sup>67</sup>.

Estas diversas formas de chacota lograron producir efectos en las personas comunes y corrientes. He allí el interés del diario de vida de Francisca Márquez<sup>68</sup>, en el que se leen relatos de diversos incidentes que tuvieron lugar en 1973, en un momento en que lo que estaba ocurriendo comenzaba a prefigurar un trágico desenlace. Es así como la propia palabra “chacota” se repetía una y otra vez en la escritura de Francisca, cuando ella describía una serie de hechos que terminaban por instalar un clima de desorden. Una figura recurrente de la “chacota” era la falta de alimentos en los supermercados y pequeños negocios de barrio, lo que obligó al gobierno de la Unidad Popular a implementar un sistema de racionamiento y distribución (las JAP), lo que producía enormes colas en las que estallaban regularmente incidentes. Son estas situaciones de carencia, a continuación de una verdadera conspiración económica del empresariado chileno, que se traducían en desorganización, mercado negro y descontento, y que son profusamente descritas por Francisca con un tono de ironía (“Hoy día estuvo estupendo. Papá consiguió chuletas de carne, hicimos un asado. Un asado en estos días es un chiste. Porque no se encuentra carne en ninguna parte”<sup>69</sup>) o de lamento (“Estas vacaciones no me convinieron mucho, porque tenía que levantarme a las 7 de la mañana para ir hacer la cola para el pan”<sup>70</sup>). En todos los casos, lo que se observa en el relato personal de Francisca son sentimientos y sensaciones, en los que se mezclan el rechazo al desorden económico y la resignación ante la necesidad.

Pero el abanico de sentimientos hacia le chacota admite muchas otras posibilidades, por ejemplo, cuando las puertas del colegio se encuentran cerradas no porque los profesores estuviesen en huelga, sino a causa de los bloqueos de calles que impedían que los profesores pudiesen “llegar a dar clases”<sup>71</sup>. Es en este tipo de situaciones, caracterizadas por la suspensión del tráfico vehicular y peatonal, que afloran las sensaciones de temor en el contexto de

---

<sup>66</sup> *Puro Chile*, 2 de septiembre de 1970.

<sup>67</sup> *Clarín*, 23 de mayo de 1970.

<sup>68</sup> Este diario de vida de una niña que para entonces tenía 10 años (12 al momento del golpe) fue publicado en 2019: Patricia Castillo y Alejandra González, eds., *El diario de Francisca. 11 de septiembre de 1973* (Santiago: Hueders, 2019), un texto bellísimo que pude leer muchos años antes. Es el manuscrito original sin editar que cito a continuación.

<sup>69</sup> Diario de vida de Francisca Márquez, 24 de marzo de 1973.

<sup>70</sup> Diario de vida de Francisca Márquez, 21 de agosto de 1973.

<sup>71</sup> Diario de vida de Francisca Márquez, fecha indeterminada, probablemente hacia fines de agosto de 1973.

concentraciones que desembocan en violencia. Así lo recuerda la protagonista del relato al precisar que “en Chile, las manifestaciones no pueden desarrollarse en paz, otros partidos se metieron y fue la chacota”<sup>72</sup>. Se trata de un miedo intenso, casi físico que es descrito por esta joven de 12 años en 1973, en donde la imagen de la guerra civil es recurrente. Es así como, cuando Francisca escucha de boca de su madre la eventualidad de que “hoy sea la guerra civil”, ella misma confiese para sus adentros “un miedo salvaje”. Sin embargo, es en el preciso momento en que se pasa de la chacota a la violencia el 29 de junio de 1973 (fecha que conmemora un primer intento de golpe de Estado, el *tanquetazo*), que es posible apreciar en las descripciones de Francisca los efectos acumulados desde hace mucho tiempo por los múltiples desórdenes que terminaron por impactar en su subjetividad, desde las experiencias de miedo por procuración (observando la conducta de sus padres) hasta la vivencia directa y práctica de una situación de crisis. Puede entonces entenderse que cuando un padre llega al colegio a buscar a su hija diciendo que “no iba a pasar nada”, es todo un sentimiento de temor y extrañeza que se instala en la mente de esta niña, para rápidamente desembocar en una sensación de pavor cuando “las niñas más grandes” decían que “estalló la guerra civil”<sup>73</sup>. Aún más cuando se pusieron “a gritar”, mientras que Francisca manifestaba estar “súper nerviosa”, en un escenario en que varias “lloraban y tenían ganas de vomitar”<sup>74</sup>. Un miedo tan pesado e invasivo que repercutió en que Francisca “apenas podía caminar” cuando su padre fue por ella<sup>75</sup>.

Si bien este primer intento de golpe de Estado fracasó, es interesante notar que más allá de los sentimientos y sensaciones de temor, y hasta de pánico que este grave hecho pudo provocar, el paso a la violencia explícita supuso el nacimiento en Francisca de un nuevo vocabulario. Al respecto, las categorías de *golpe* y de *autogolpe*, así como los datos de contexto que estas categorías permiten reunir e interpretar (“el papá cree que ellos [el gobierno] lo hicieron para saber qué militares eran de oposición para así eliminarlos”<sup>76</sup>) constituyen pruebas de un orden social y político en vías de desobjetivación, o si se quiere, camino a redefinirse a partir de nuevos criterios que suponen un nuevo lenguaje. Es sin duda esta dramática redefinición del orden político que explica que Francisca entre en contradicciones, en un intento desesperado por detener lo inevitable. Mientras en mayo de 1973 Allende era criticado por esta niña como un “patudo” al decidir visitar Argentina “cuando en Chile hay una horrible chacota”<sup>77</sup>, Francisca teme los efectos terribles de una “huelga total” en el mes de agosto del

---

<sup>72</sup> Idem.

<sup>73</sup> Diario de vida de Francisca Márquez, 29 de junio de 1973.

<sup>74</sup> Idem.

<sup>75</sup> Idem.

<sup>76</sup> Idem.

<sup>77</sup> Diario de vida de Francisca Márquez, 24 de mayo de 1973.

mismo año, ya que lo que se busca es que “Allende renuncie”, y “no quiero que renuncie porque va a haber una guerra civil”<sup>78</sup>.

Lo que muestran estos relatos de un orden en estado de chacota semanas antes de girar hacia la violencia pura y dura, es el efecto subjetivo provocado por un conjunto de acontecimientos en una pequeña persona<sup>79</sup>. Es cierto que la propaganda anti-comunista y hostil a Allende ya alertaba, en 1970, sobre el abandono del “silabario” a favor de “la metrallera”<sup>80</sup>. La prensa conservadora denunciaba también, y profusamente, sobre el riesgo de desembocar en experiencias totalitarias, en una verdadera campaña del terror<sup>81</sup>. Pero es igualmente posible constatar que este mismo tipo de propaganda se repetía en la izquierda desde un miedo a la masacre, viendo en la decisión de comprar 10 millones de balas calibre 762 del Director General de Carabineros, la insinuación de que, la suma de estos proyectiles, “corresponde a una por cada chileno”<sup>82</sup>.

La degradación de la convivencia política era cada vez mayor. Mientras el portavoz del gobierno de Allende caracterizaba la situación general del país, hacia fines de 1972, como “tranquila” (aunque reconociendo “una fase negativa” plagada de “desórdenes, atentados con artefactos explosivos, disparos, sabotajes y obstrucciones de calles con barricadas o *miguelitos*”<sup>83</sup>), la derecha veía en estos mismos hechos “un movimiento que desborda todas las leyes, incluidas las de la lógica”<sup>84</sup>. Estos desacuerdos, así como muchas otras discrepancias sobre qué es un arma, la aparición de nuevas formas de violencia que llevaron a inventar un neologismo (el “violentismo”<sup>85</sup>) o las dificultades para determinar el alcance y la fisonomía de este nuevo flagelo llamado “terrorismo”, no deben (solo) ser interpretados como expresiones de mala fe de los actores políticos. Más profundamente, se trata de tomar en serio este complejo trasfondo de definiciones inestables de lo real, lo que se traduce en desacuerdos cada vez más fundamentales, desde las formas deseables de la comunidad política, sus límites e inclusiones hasta sus exclusiones, la mayor parte del tiempo basadas en la lógica de las “clases”.

Así las cosas, a medida que se expandían los desacuerdos, puede entenderse la aparición de teorías prácticas como las que se leen en el diario de vida de Francisca. Del conjunto de estas

---

<sup>78</sup> Diario de vida de Francisca Márquez, fecha indefinida, probablemente hacia fines de agosto de 1973.

<sup>79</sup> Si bien se trata de un solo diario de vida (lo ideal sería trabajar con varios, originados en distintos ambientes sociales), este ofrece de modo vívido descripciones valiosas de lo que estaba ocurriendo.

<sup>80</sup> *El Mercurio*, 16 de junio de 1970.

<sup>81</sup> *El Mercurio*, 16 de julio de 1970.

<sup>82</sup> *Clarín*, 11 de julio de 1970.

<sup>83</sup> *El Mercurio*, 2 de noviembre de 1972. Los *miguelitos* eran artefactos artesanales hechos de clavos torcidos que, una vez lanzados al suelo, detenían a los vehículos reventando sus neumáticos.

<sup>84</sup> *El Mercurio*, 6 de julio de 1973.

<sup>85</sup> Joignant, «El presente refractado. Usos del tiempo, representaciones de la historia y simbolismos de la fuerza (Chile, 1970-1973)», 269-310.

teorías, y teniendo en cuenta la aparición de un nuevo lenguaje que las constituye, la recurrencia de las figuras de la droga y la locura obliga a detenerse en ellas, ya que suministran explicaciones de superficie de la violencia galopante y variopinta, participando de este modo en las luchas por definir lo que se encontraba en juego. Es así como, junto a la aparición en Francisca de una forma de competencia lingüística que le permitía enumerar distintos tipos de armas que eran portadas por los militares durante el *tanquetazo* (“los militares utilizaban metralletas, pistolas, carabinas y bombas lacrimógenas”, pero también “tanques para asustar a la gente”<sup>86</sup>), también se aprecian en sus relatos numerosas descripciones del miedo y la violencia, a partir de referencias a comportamientos insensatos (“cuando volvíamos a la casa casi tuvimos un accidente en auto porque todos corrían como locos”), y a veces incomprensibles (“lo que más me da rabia es que todos los *momios* estaban furiosos porque Allende suspendía las clases. Y ahora que Allende dice que se va al colegio y a los profesores se les ocurre la idea de irse a huelga. ¡No entiendo nada!”<sup>87</sup>). Se trata de un relato dramático de una situación bien conocida por los economistas, cuya característica más evidente es la incertidumbre que participa de la desorganización del mundo, volviendo cada vez más difícil la previsibilidad de las acciones, las motivaciones de quienes actúan y los significados de lo actuado. Pues bien, esta empresa de construcción de sentido se puede leer en las páginas del *Mercurio*, apelando al lenguaje de la locura y de la adicción. Es interesante observar que este lenguaje se hace cada vez más frecuente y familiar a medida que avanza la línea del tiempo que nos acerca al golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. Mientras las representaciones de la locura se expresaban de manera aislada en 1970, por ejemplo, para dar cuenta del comportamiento “extremista”<sup>88</sup> o de las agresiones a los partidarios de Alessandri en sus actividades de campaña<sup>89</sup>, estas se tornan tan recurrentes en 1973 que van a originar un verdadero *leitmotive*.

Tras varios atentados que fueron atribuidos al MIR, especialmente saqueos a casas patronales en donde “lo que podía ser llevado era robado; lo que podía ser comida, ellos lo consumieron; el resto fue destruido en el lugar”<sup>90</sup>, *El Mercurio* construyó una interpretación general a partir de la hipótesis de adicción y locura. Es así como este periódico evocaba sin tapujos “la droga del extremismo [que] está provocando estragos incluso en las mentes más frías”. Si bien esta ola creciente de violencia le permitía concluir a este diario que “los partidos de la Unidad Popular se están sometiendo al «poder popular», este extraño “reemplazante

---

<sup>86</sup> Diario de vida de Francisca Márquez, 29 de junio de 1973.

<sup>87</sup> Diario de vida de Francisca Márquez, fecha indeterminada, presumiblemente hacia fines de agosto de 1973.

<sup>88</sup> Por ejemplo, con ocasión de la detención de cuatro “extremistas” acusados de participar en asaltos a bancos, verdaderos “bomberos locos”: *El Mercurio*, 12 de febrero de 1970.

<sup>89</sup> Las agresiones eran atribuidas a “elementos desalmados” (*El Mercurio*, 22 de marzo de 1970), y más generalmente a “grupos de exaltados” (*El Mercurio*, 24 de marzo de 1970).

<sup>90</sup> *El Mercurio*, 20 de mayo de 1973.

illegítimo de la soberanía de la nación”<sup>91</sup>, lo esencial es que esta violencia galopante remitía a un comportamiento ilógico, al estar guiado por una relación demencial y adictiva con la política. En tal sentido, no puede ser motivo de sorpresa que los partidarios de Allende sean calificados como “trabajadores adictos a la Unidad Popular”<sup>92</sup>, o que diversas trifulcas y tiroteos sean provocados por “elementos del MIR y del FER y otros grupos adictos a la UP”<sup>93</sup>. Como tampoco es el fruto de una deriva idiomática si un influyente senador de derecha, Sergio Onofre Jarpa, definía la situación general de Chile en 1973 como la de “un país que se está transformando en un gran manicomio”, tan grande que incluso el “médico” (en alusión a la profesión de origen de Allende) “perdió el control frente a los enfermos mentales que se transforman en autoridad”<sup>94</sup>. Al respecto, la figura de Carlos Altamirano era paradigmática de la importancia de la irracionalidad política en el Chile de aquel entonces. Carlos Altamirano fue durante la Unidad Popular secretario general del Partido Socialista (el partido de Allende), y es en esa calidad que entró varias veces en contradicción con el presidente, en la medida en que el líder del PS desbordaba constantemente por la izquierda al jefe de Estado. Es esta retórica del desborde la que alcanzará su paroxismo en un discurso incendiario de Altamirano dos días antes del golpe de Estado, al hacer de Chile un eventual nuevo Vietnam, lo que transformará al líder socialista en una figura arquetípica del loco, desde su apodo (el *mayoneso*) hasta las caricaturas que lo representaban como un demente.

De lo anterior se desprende que el paso de la chacota a la violencia en el contexto de un orden político y social en vías de desorganización, cada vez más atrapado por la irracionalidad individual y colectiva, se inscribe en una lógica que todos los actores políticos en aquel entonces no dudan en calificar de infernal.

### **La absorción política de lo social**

Los años de la Unidad Popular estuvieron marcados por una retórica revolucionaria que estigmatizaba las formas “burguesas” de la democracia chilena en nombre de los más pobres. Fue un tiempo de luchas amargas, las que apuntaban a la colonización del espacio público<sup>95</sup> en formato “burgués” o “popular”. Son efectivamente estas luchas por la hegemonía de las mentes del público las que se despliegan en espacios sociales tan distintos como las escenas musicales, literarias y teatrales. Es en estos espacios en donde afloraban nuevos temas,

---

<sup>91</sup> Idem.

<sup>92</sup> *El Mercurio*, 11 de julio de 1973.

<sup>93</sup> *El Mercurio*, 22 de agosto de 1973.

<sup>94</sup> *El Mercurio*, 14 de julio de 1973.

<sup>95</sup> Entiendo por espacio público no solo la idea habermasiana de una esfera pública en la que tiene lugar una intensa actividad comunicativa, sino también y de modo más prosaico todos los sitios extra-domésticos en los que se emiten opiniones (desde asambleas legislativas o estudiantiles hasta conversaciones informales, como la que se describe en la figura 2 de más arriba).

políticos pero también de sociedad, todos ellos empapados por la idea de liberación de las relaciones de sujeción y servidumbre (en la esfera familiar y sus relaciones conyugales, en el ámbito del trabajo y sus relaciones de subordinación, en el espacio político y sus lógicas de dominación), lo que se expresaba en la ocupación de calles mediante concentraciones, bloqueos y barricadas, esto es, repertorios de acción colectiva que suponían el uso más o menos organizado de la fuerza y el empleo estridente de la energía vocal (cantos revolucionarios, slogans reaccionarios, estigmatización verbal del adversario).

Detengámonos en la ocupación del espacio público mediante concentraciones durante el gobierno de la Unidad Popular, así como en el dilema que estas concentraciones suponían para la oposición en aquel entonces. Es de modo deliberado que uso el término “dilema”, ya que las convocatorias conservadoras a manifestar el descontento suponen superar las dificultades racionales de la acción colectiva, especialmente la paradoja del *free rider* que fue evidenciada hace décadas por Olson<sup>96</sup>, la que reaparece en las páginas del *Mercurio* en formas sorprendentemente cercanas al razonamiento del sociólogo estadounidense. Es así como un inserto de prensa publicado por este diario colocaba frente a frente la relación activa y comprometida con la movilización por algunos chilenos y la relación pasiva y empapada de indiferencia de otros individuos que, eventualmente interesados por alcanzar una meta común (la defensa de Chile, la caída de Allende), “descansan, pasean, juegan, comentan y...esperan”<sup>97</sup>. Entre estos dos tipos de aproximaciones a la movilización, hay diferencias de intereses, de costos y energía para alcanzar un bien colectivo, cuyo beneficio -he aquí la paradoja olsoniana- sería sin embargo distribuido a todos, lo que hace posible viajar clandestinamente en la movilización. Esto es lo que explica que los opositores a la Unidad Popular que se encuentran detrás de este inserto de prensa sacralicen a “quienes arriesgan todo”, verdaderos héroes cuyo “coraje” los lleva a arriesgar “sus vidas y sus bienes”, haciendo palidecer a esos otros individuos “que se limitan a esperar”, creyendo que “el éxito será alcanzado sin su cooperación”<sup>98</sup>. Hay que destacar la recurrencia de los peligros políticos de “la lógica de la ausencia de movilización”<sup>99</sup> a los ojos de la derecha y de la extrema derecha chilenas. Por ejemplo, para “Patria y Libertad” cuyos panfletos y grafitis en los muros de las grandes urbes desafiaban a los chilenos a movilizarse, sin importar los costos involucrados: “No continúe siendo un pequeño esclavo del comunismo (...). Sea hombre, sea patriota, sacrífquese, rebélese, actúe desde hoy. El que es esclavo sin querer serlo es un colaborador”<sup>100</sup>.

---

<sup>96</sup> Mancur Olson, *The Logic of Collective Action. Public Goods and the Theory of Groups* (Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1971).

<sup>97</sup> *El Mercurio*, 25 de octubre de 1972.

<sup>98</sup> *Idem*.

<sup>99</sup> Pierre Birnbaum, *Dimensions du pouvoir* (París: Presses Universitaires de France, 1984), 131.

<sup>100</sup> Texto de un panfleto reproducido en Patricio Tupper, *Allende, la cible des médias chiliens et de la CIA (1970-1973)* (París: Les Éditions de l'Amendier, 2003), 399.

Es este extraordinario predominio del espacio público lo que origina esta curiosa reafirmación del sufragio universal por parte de la prensa conservadora y los políticos de derecha, quienes recordaban que el voto era secreto, trasluciendo de este modo un miedo de los electores alessandristas a ser descubiertos:

“Con el fin de asustar a nuestros partidarios, quienes de una u otra manera temen las represalias de las oficinas del Gobierno y no conocen el secreto de la elección, se está propagando el anuncio según el cual un sistema de control del voto habría sido descubierto, o que a través del número de serie de la papeleta se podría conocer la preferencia marcada (...). Tenga en mente, a pesar de lo que escucha, lee o ve (...) que no hay ninguna manera de conocer la preferencia del voto, el que es absolutamente secreto”<sup>101</sup>.

Si el electorado conservador era destinatario de discursos que lo tranquilizaban, ello se debe a que esa pequeña zona privada conocida como “cámara secreta” estaba siendo redefinida como un lugar vergonzoso, casi ilegítimo, debido a la omnipresencia de prácticas políticas que tenían lugar en público. Puede entonces entenderse la necesidad de reafirmar el predominio de la conciencia individual y la inviolabilidad del elector al momento de sufragar: “Solo usted sabrá por quien votó”<sup>102</sup>.

Hay que tomar muy en serio esta primacía del espacio público, así como del régimen virtuoso de publicidad que envuelve a las prácticas políticas al punto de volver problemáticas las prácticas que tienen lugar en privado, ya que esto nos habla de un estadio excepcional de omnipresencia de la política, en donde los proyectos y los desempeños individuales son absorbidos por lógicas colectivas. Dicho de otro modo, a lo que asistimos a comienzos de los años 70 es a un proceso de desindividualización de la política y de la ciudadanía, de erosión de los valores democráticos individuales a favor de derechos y estatutos colectivos. Es este horizonte utópico de disolución de las diferencias que se encuentra presente en esta alegoría del trabajo en la que confluyen los chilenos concebidos como pueblo y trabajadores, desde los “mineros” hasta los “trabajadores de la pampa”, pasando por esta enorme “gama de trabajadores de la ciudad”, produciendo de este modo la ilusión de la masa unificada por el esfuerzo asociado al trabajo; esto es un pueblo definitivamente indiferenciado<sup>103</sup>.

Se entiende entonces el sentido de este lamento conservador que se queja de la hiperpolitización de la sociedad y de la economía chilena, cuando un pequeño o mediano industrial desafía al lector preguntando: “¿encontrará la materia prima que necesita? ¿Podrá tener precios justos? ¿Vale la pena diversificarse? ¿Tendrá que hacerse «militante»?”<sup>104</sup>. Sin lugar a

---

<sup>101</sup> Inserto de prensa firmado por Ernesto Pinto Lagarrigue, *El Mercurio*, 3 de septiembre de 1970.

<sup>102</sup> *El Mercurio*, 1 de septiembre de 1970.

<sup>103</sup> *El Mercurio*, 6 de noviembre de 1970.

<sup>104</sup> *El Mercurio*, 15 de enero de 1973.

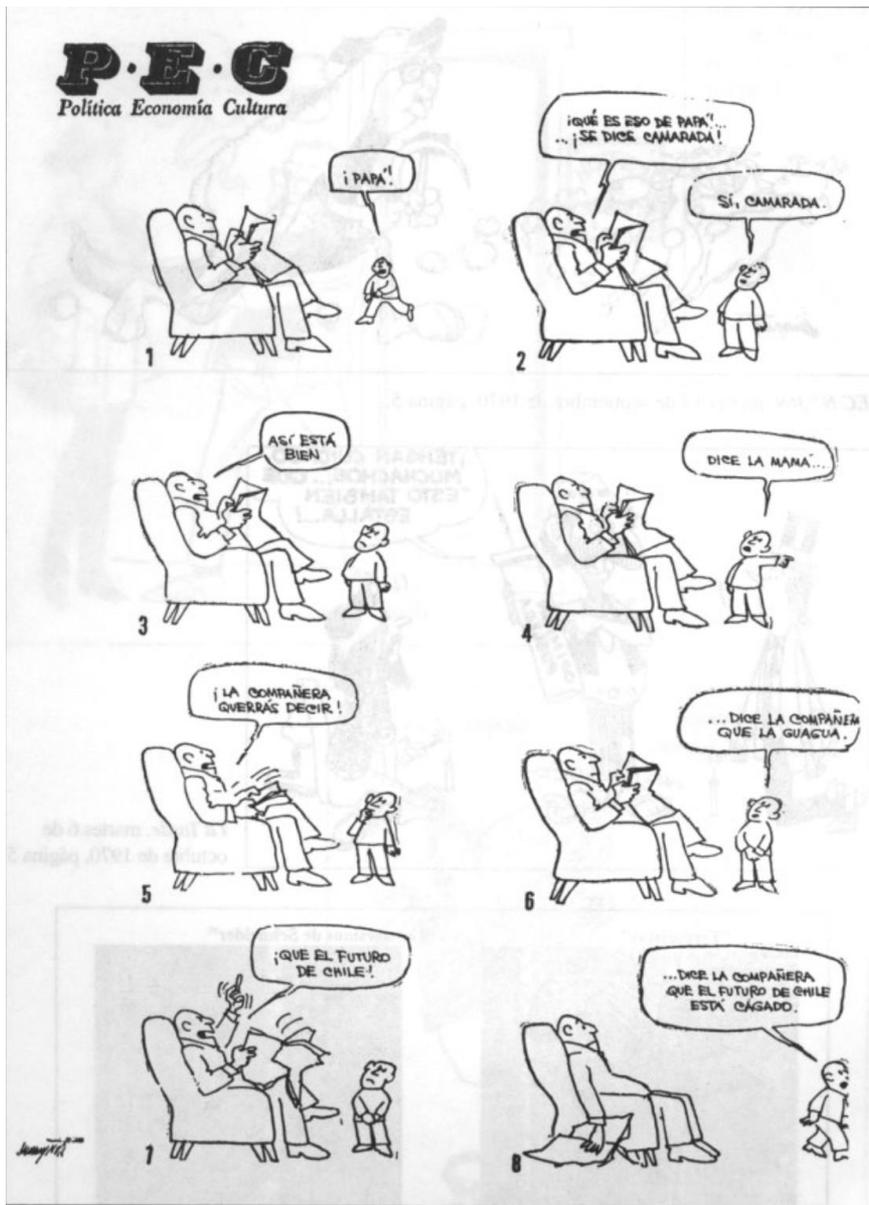
dudas, lo que se encuentra así formulado es la pregunta por la centralidad de la política. Pero hay algo más. ¿No podemos ver en esta pregunta una representación de lo real en donde lo social y lo económico son absorbidos por lo político? ¿No está aquí presente la utopía de la indiferenciación? Es sin duda esta representación de la totalidad, y del proceso de totalización política que conduce a ella, la que aflora en todo su esplendor en una historieta en la que se muestra una escena de la vida cotidiana que no escapa al imperio de la política: un peatón le pregunta a otra persona conduciendo su auto, “por favor... ¿usted podría...?”, a lo que el conductor responde sin esperar el término de la pregunta, “¿de qué partido es usted?”<sup>105</sup>.

Una vez más, las caricaturas y las historietas que eran publicadas por la prensa conservadora son muy interesantes, al ser portadoras de una crítica a la politización de las relaciones inter-personales. Tal es el caso de una caricatura estructurada en ocho diálogos entre un padre leyendo el diario y su hijo de unos diez años (figura 3). Mientras el niño se dirige a su padre llamándolo lógicamente “papá”, este lo reprende: “¡qué es eso de papá!...se dice camarada”, a lo cual el hijo le responde “sí, camarada”. El diálogo continúa: mientras el niño busca alertar a su padre diciéndole: “dice la mamá...”, lo que provoca una nueva interrupción de su padre, quien corrige a su vástago: “la compañera querrás decir”, una respuesta que es aceptada de mala gana por el chico, quien prosigue: “dice la compañera que la guagua...”, una forma de nombrar a un bebé que es retraducida por el progenitor como “el futuro de Chile”, a lo que el niño replica ya enojado: “dice la compañera que el futuro de Chile está cagado”. Más allá de la sonrisa que esta caricatura puede provocar, el interés de este diálogo está en que resume una dimensión de lo social por donde éste es absorbido por una política omnipresente: la penetración caricatural del lenguaje político, y hasta militante en las interacciones más banales.

---

<sup>105</sup> *El Mercurio*, 4 de mayo de 1973.

Figura 3.- Una escena de politización de la vida cotidiana



Citado por Soto (2003, 104).

### Conclusión: el elogio del orden

Ante las luchas y guerras “de clase” que tuvieron lugar durante el gobierno de la Unidad Popular, el diario *El Mercurio* se transformó en un verdadero partido del orden, recordando sistemáticamente sus virtudes, elogiando el principio de autoridad y consagrando el

fundamento natural de las jerarquías a partir de una retórica nacionalista y reaccionaria: nacionalista al ensayar una representación gloriosa de lo chileno que define como inferiores a los valores “foráneos”, y reaccionaria en la medida en que construye un relato que no solo inmoviliza el tiempo de la historia, sino que lo revierte en dirección de sus orígenes fundamentales. Es el principio jerárquico que se encuentra amenazado por el desorden, el caos y la degeneración, esto es un conjunto de formas de desorganización de lo real que caen bajo el descriptor de “estado de descomposición”<sup>106</sup>.

Esta pasión conservadora por la jerarquía y lo chileno se vio con toda claridad cuando la representación del hombre nuevo de la Unidad Popular ganó centralidad. La representación del hombre nuevo dio rápidamente origen a una enorme controversia provocada por un proyecto del gobierno de reforma del sistema escolar, ante lo cual la reafirmación conservadora de las tradiciones resultó necesaria para preservar una suerte de autenticidad chilena. Esto es lo que explica el renacimiento del tema de la “raza chilena” y sus tradiciones. Un ejemplo característico de defensa de las tradiciones ante los riesgos de penuria moral y de degeneración política ya se encontraba presente en la campaña presidencial de Alessandri de 1970. Es así como una publicidad electoral del candidato conservador oponía “el Chile viril, patriota, austero, sufriente y valiente de ayer” al “Chile pesimista, triste y quejumbroso” de hoy<sup>107</sup>. A medida que Chile se acercaba cada vez más al “caos y la locura total”, prevalecía “el instinto de una raza que no quiere morir”<sup>108</sup>.

Degeneración y descomposición: dos términos que permitieron recordar las virtudes del orden y asentar en forma apologética los principios de jerarquía y autoridad. El golpe de Estado de 1973 pondrá fin a este conjunto de luchas, erradicando la gloria del pueblo, consagrando en nombre de la patria una representación de un orden deseado, más chileno que popular.

## Bibliografía

- Albornoz, César. «Los sonidos del golpe». En 1973. *La vida cotidiana de un año crucial*, coordinado por Claudio Rolle. Santiago: Planeta, 2003.
- Amorós, Mario. *Salvador Allende. Biografía política, semblanza humana*. Santiago: Ediciones B, 2024.
- Barrows, Susanna. *Distorting Mirrors: Visions of the Crowd in Late Nineteenth-Century France*. New Haven y Londres: Yale University Press, 1981.
- Birnbaum, Pierre. *Dimensions du pouvoir*. París: Presses Universitaires de France, 1984.
- Boltanski, Luc y Thévenot, Laurent. *De la justification*. París: Gallimard, 1991.

---

<sup>106</sup> *El Mercurio*, 21 de marzo de 1970.

<sup>107</sup> *El Mercurio*, 5 de marzo de 1970.

<sup>108</sup> *Idem*.

- Bourdieu, Pierre. *La distinction. Critique sociale du jugement*. París, Minuit, 1979.
- Castillo, Patricia y González, Alejandra, editoras. *El diario de Francisca. 11 de septiembre de 1973*. Santiago: Hueders, 2019.
- Eribon, Didier. *Retour à Reims*. París: Champs Flammarion, 2018.
- Fuguet, Alberto. *Mala onda*. Santiago: Alfaguara, 2000 (1ª edición 1991).
- Garcés, Joan E. *Allende y la experiencia chilena. Las armas de la política*. Madrid: Siglo XXI, 1976/2013.
- Garcés, Joan E. *El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Salvador Allende*. Madrid: Siglo XXI, 1974/2018.
- Joignant, Alfredo y Navia, Patricio, compiladores. *Ecós mundiales del golpe de Estado. Escritos sobre el 11 de septiembre de 1973*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2013.
- Joignant, Alfredo. «El presente refractado. Usos del tiempo, representaciones de la historia y simbolismos de la fuerza (Chile, 1970-1973)». *Historia I*, n° 57 (enero-junio 2024): 269-310.
- Mansuy, Daniel. *Salvador Allende. La izquierda chilena y la Unidad Popular*. Santiago: Taurus, 2023.
- Olson, Mancur. *The Logic of Collective Action. Public Goods and the Theory of Groups*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press, 1971.
- Pinto Vallejos, Julio, editor. *Cuando hicimos historia. La experiencia de la Unidad Popular*. Santiago: LOM, 2005.
- Rolle, Claudio. «1973: la “no historia” de un año crucial». En *1973. La vida cotidiana de un año crucial*, coordinado por Claudio Rolle. Santiago: Planeta, 2003.
- Rouso, Henry. *La dernière catastrophe. L'histoire, le présent, le contemporain*. París: Gallimard, 2012.
- Sanfuentes, Olaya. «Tiempos de traje, aires de moda. Una forma de comunicación no verbal en la década de los setenta». En *1973. La vida cotidiana de un año crucial*, coordinado por Claudio Rolle. Santiago: Planeta, 2003.
- Soto, Ángel. «Caricatura y agitación popular en Chile durante la Unidad Popular, 1970-1973». *Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América* 2, n° 2 (2003): 97-135.
- Sunkel, Guillermo. *Razón y pasión en la prensa popular*. Santiago: ILET, 1985.
- Touraine, Alain. *Vida y muerte del Chile popular*. México: Siglo XX, 1974.
- Touraine, Alain. En Eduardo Castillo, editor. *Chili, 11 septembre 1973, la démocratie assassinée*. París: ARTE-Le Serpent à Plumes, 2003.
- Tupper, Patricio. *Allende, la cible des médias chiliens et de la CIA (1970-1973)*. París: Les Éditions de l'Amendier, 2003.
- Wagner-Pacifi, Robin. *What is an Event?* Chicago: The University of Chicago Press, 2017.



Todos los contenidos de la Revista de Historia se publican bajo una [Licencia Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/) y pueden ser usados gratuitamente, dando los créditos a los autores de la revista, como lo establece la licencia.